

CONSIDERACIONES EN TORNO AL ALCANCE FILOSOFICO DE LA OBRA TEILHARDIANA (*)

ANA ESCRIBAR WICKS

I.—ELEMENTOS DE LA CONCEPCION TEILHARDIANA DE LA MATERIA.

1.—La materia de los físicos y la evolución.

En las primeras páginas del "Fenómeno Humano" Teilhard nos habla de la "trama del Universo", de la materia elemental, de "ese residuo último de los análisis más avanzados de la Ciencia". De esta materia elemental, tomada "en un momento, en un punto y bajo un volumen cualquiera", Teilhard destaca tres aspectos generales: la pluralidad, la unidad y la energía, que se nos muestran como los tres rostros de la materia.

Con la pluralidad, Teilhard se refiere a la granulación, al carácter corpuscular constitutivo de la materia. Esta atomicidad del universo es evidente incluso para la experiencia vulgar, "en las gotas de agua y en la arena de las playas", "en la multitud de los vivientes y de los astros", en "las cenizas de los muertos". El hombre no necesitó, pues, de la ciencia para saber que su mundo se sustenta sobre el polvo, pero sí necesitó de ella para

(*) El presente trabajo contiene en su primera parte una exposición sobre la concepción Teilhardiana de la Materia, en la cual están implícitos los conceptos en los que se basa el ulterior análisis de las partes segunda y tercera.

Indudablemente, el ideal hubiese sido fundamentar estas reflexiones sobre una exposición de conjunto de su obra, pero la brevedad exigida por la naturaleza de esta publicación lo hacía imposible.

Se seleccionó este aspecto de su pensamiento, por cuanto la ubicuidad de los procesos de materialización y espiritualización permiten el acceso a todos los niveles de la síntesis Teilhardiana.

En su primera parte, la exposición sigue la obra del autor, *Le Phénomène Humain*. Editions du Seuil. París. 1955. Págs. 21-64. Las citas que no van acompañadas de la referencia, reconocen todas dicha procedencia.

En su segunda y tercera parte, toma algunos conceptos de la obra de Barthélemy-Madaule, Madeleine: *Bergson et Teilhard de Chardin*. Editions du Seuil. París. 1963. 685 págs., que podrían resultar de interés para dilucidar el discutido problema del posible alcance filosófico de la obra Teilhardiana.

llegar a descifrar, aunque sea en parte, los secretos de este mundo infinitesimal.

Esta corpuscularidad de la trama del universo es tal, que las unidades de materia, aún las más pequeñas, tienden, bajo el análisis de los físicos, a reducirse siempre a algo todavía más finamente granulado. "Vertiginoso en número y en pequeñez, el sustrato del universo tangible se va desagregando sin límites hacia lo bajo".

Pero por otra parte, a través de esta granulación misma, se pone de manifiesto la unidad fundamental de la materia.

En su forma más simple esta unidad se muestra en la similitud de los elementos encontrados. "Moléculas, átomos, electrones, esas minúsculas entidades, cualesquiera que sean su tamaño y su número, presentan (por lo menos a la distancia a que nosotros los observamos) una perfecta identidad de masa y de comportamiento".

Unidad de homogeneidad también, porque cada uno de los corpúsculos cósmicos sólo puede ser definido en función de su influencia sobre todo lo que está alrededor de él. "Cualquiera que sea el espacio en que lo supongamos situado, cada elemento cósmico llena enteramente con su radiación ese volumen". Es decir, su radiación es coextensiva a la de cualquier otro átomo.

Unidad colectiva además, porque las partículas de materia no son independientes entre sí, sino que están ligadas las unas a las otras por algo que las hace solidarias. Pareciera que, en cierta forma, el espacio que ellas llenan, de alguna manera organiza su pluralidad, imponiéndoles una profunda identidad.

Teilhard engloba estas relaciones colectivas de las partículas bajo el nombre de energía, la que constituiría el tercer rostro de la materia. "La energía es la medida de lo que pasa de un átomo a otro en el curso de sus intercambios. Poder de unión, entonces, pero también poder de constitución, porque el átomo parece enriquecerse o desgastarse en el curso del intercambio".

En el estado actual de la ciencia, la energía se nos muestra como la forma más primitiva de la trama del universo. Hasta tal punto es esto efectivo, que tendemos a imaginar dicha trama como un flujo homogéneo, cuyos fugitivos "torbellinos" engendrarían lo existente. Siendo esto así, la consistencia del universo, su equilibrio final, se encontraría hacia lo bajo, en la dirección de la desagregación.

Hasta aquí hemos seguido a Teilhard en el análisis de lo que él llama la materia "en sí", vale decir, estudiando las características que ésta presenta bajo un volumen cualquiera, como si hubiéramos desprendido un fragmento para observarlo. Pero tal actitud representa una abstracción. La materia como

realidad física concreta es una "túnica sin costuras", que no se revela en su realidad completa al análisis fragmentario. La materia, como realidad física concreta constituye "un Sistema, un Todo y un Quantum: un Sistema por su multiplicidad, un Todo por su unidad, un Quantum por su energía".

Dentro de este sistema las partes están íntimamente interrelacionadas. Cada elemento del Cosmos está entretejido con los demás, constituyendo una red imposible de romper, lo que nos obliga a enfrentarlo como un bloque.

Pero, dentro de este bloque, hay algo más que un simple tejido de relaciones articuladas. "Tejida de una sola pieza, siguiendo un único procedimiento, pero que en los distintos órdenes de dimensión no se repite nunca, la trama del Universo puede representarse solamente como un Todo". Un Todo que tiene un diseño de conjunto en el que, sin embargo, se dan zonas heterogéneas que no son simplemente deducibles las unas de las otras.

Si la materia concreta es la materia total, el espacio concreto es también la totalidad del espacio y el Quantum refiere la energía a este espacio total.

Puesto que el átomo es coextensivo a todo el espacio donde está situado y ya que el espacio concreto es el espacio universal, esta inmensidad es el campo de acción común de todos los átomos: "El radio de acción propio de cada elemento cósmico debe ser extendido hasta los últimos elementos del mundo".

Si ahora esta materia que es un sistema, un Todo y un Quantum, la analizamos a la luz de una dimensión nueva, la dimensión evolutiva, nos encontramos con que cada punto de lo que era concebido como un sistema de elementos estables y de equilibrio cerrado, se transforma en la sección instantánea de fibras temporales indefinidas. Cada elemento se prolonga hacia atrás y tiende a proseguir hacia adelante, hasta perderse de vista. De tal suerte que la inmensidad espacial toda entera no es más que un corte "en el tiempo t " de un tronco cuyas raíces se hunden en el abismo del Pasado insondable, y cuyas ramas ascienden hacia un Porvenir, a primera vista, ilimitado. En esta perspectiva nueva, el mundo aparece como una masa en proceso de transformación. El Todo y el Quantum universales tienden a expresarse y a definirse como Cosmogénesis.

Así, la Física que ayer quiso ser explicación matemática de un mundo concebido como un sistema de elementos estables y de equilibrio cerrado, se hace hoy, inevitablemente, historia.

Las teorías actuales de la evolución de la materia nos presentan una edificación gradual de los diversos elementos conocidos por la físico-química, a través de una complicación creciente. Primero, una simplicidad aún fluctuante, indefinible en

términos de forma; luego una multitud de corpúsculos elementales positivos y negativos, protones, neutrones, electrones, etc. Más adelante, los cuerpos simples desde el Hidrógeno al Uranio, y luego la inmensa variedad de los cuerpos compuestos, donde las masas moleculares se van elevando hasta un valor crítico por arriba del cual se accede a la materia orgánica. Cada uno de los términos de esta larga serie debe ser considerado como un compuesto de núcleos y de electrones. Todos los cuerpos derivan así, por orden, de un sólo tipo corpuscular inicial.

En esta forma, pues, la Materia, desde sus orígenes más lejanos se nos muestra en estado de génesis y, a su manera, porque al nivel del átomo aún quedan sin esclarecer muchos puntos de la historia del mundo, ella obedece, desde sus orígenes, a la gran ley biológica de "**complejificación**". Históricamente, la trama del Universo se va concentrando en formas cada vez más organizadas de materia, de acuerdo a leyes cuantitativas determinadas que se expresan esencialmente en dos principios: **Primer principio:** en el curso de las transformaciones físico-químicas no podemos constatar ninguna aparición mensurable de energía nueva.

Toda síntesis cuesta, implica un gasto. En todos los niveles el progreso exige, pues, para realizarse, un mayor esfuerzo y, por lo tanto, una mayor potencia.

Nada se construye si no es al precio de una destrucción equivalente; lo que se gana por un lado se pierde por otro. "Experimentalmente y a primera vista, el Universo considerado en su funcionamiento mecánico no se nos muestra como un Quantum abierto, capaz de abarcar una realidad siempre mayor, sino como un Quantum cerrado, en el seno del cual nada progresa si no es por transformación de lo inicialmente dado".

Segundo principio: a esto la termodinámica añade el hecho de que en el curso de toda transformación físico-química, una fracción de energía utilizable queda irremediablemente "entropizada", vale decir, perdida bajo la forma de calor. Aunque matemáticamente nada se pierda, desde el punto de vista evolutivo algo se desgasta para costear toda síntesis. De manera que, mientras más funciona el Quantum energético del Mundo, más se desgasta y el Universo material concreto se nos aparece necesariamente como capaz sólo de un desarrollo limitado, situándose así, entre las realidades que nacen, se desarrollan y mueren.

En resumen, la evolución de la Materia se nos muestra cualitativamente como un proceso en el curso del cual se ultracondensan y se ultracombinan los elementos constitutivos del átomo. Cuantitativamente, como una operación costosa, donde se agota lentamente el impulso original. En el interior de los compuestos surgidos de la síntesis el proceso se repite. Poco a poco,

las combinaciones improbables que ellos representan se deshacen en elementos más simples, que recaen y se desintegran en lo amorfo de las distribuciones probables.

"Un volador de luces que asciende siguiendo la flecha del Tiempo, que se expande sólo para extinguirse, un oleaje ascendente en el seno de una corriente que baja, tal sería la apariencia del mundo".

Pero Teilhard se pregunta, ¿basta esta perspectiva para explicar la totalidad del fenómeno? La Ciencia, hasta ahora, no ha hecho otra cosa que observar el mundo por el "Exterior de las cosas". Teilhard nos plantea que si queremos alcanzar una explicación integral de los fenómenos tenemos que decidarnos a tomar en consideración el "Interior de la Materia".

2.— El "Interior de las Cosas".

"En el dominio de la Físico-Química, por una razón que se aclarará bien pronto, los objetos no se manifiestan más que por sus determinismos exteriores. A los ojos del Físico, no hay allí legítimamente (por lo menos hasta aquí) nada más que un "exterior" de las cosas. La misma actitud intelectual le está permitida al Bacteriólogo, cuyos cultivos se tratan como reactivos de laboratorio. Pero ella es ya mucho más difícil en el mundo de las plantas. Tiende a mostrarse como una porfía en el caso del Biólogo interesado en el comportamiento de los insectos o de los celentéreos. Aparece simplemente fútil en el caso de los vertebrados. Y finalmente, fracasa por completo con el Hombre, en quien la existencia de un "interior" no puede ya ser esquivada, ya que constituye el objeto de una intuición directa y la trama de todo conocimiento".

Esta restricción aparente del fenómeno de la conciencia a los niveles superiores de la Vida ha sido la causa de que se lo considere como una excepción extravagante, como un epifenómeno, de que haya sido dejado de lado por la Ciencia en sus construcciones sobre el universo.

Sin embargo, existen los suficientes ejemplos como para demostrarnos que, muy a menudo, lo que aparece como una anomalía natural no es más que la exageración, llevada hasta el extremo en que se hace perceptible, de una propiedad hasta entonces inaprehensible, repartida por doquier.

Así, dentro de la unidad fundamental del Mundo, cada una de las diferentes esferas o niveles se caracteriza por el predominio de ciertos factores que resultan imperceptibles en el escalón inmediato. Por ejemplo, en la dimensión media de nuestros organismos y de nuestras construcciones, la velocidad no parece alterar profundamente la masa de los cuerpos y los ele-

mentos químicos "normales" parecen caracterizarse por su estabilidad. Sin embargo, el descubrimiento de las sustancias radioactivas nos demuestra lo contrario. Para la mirada del sentido común, las montañas parecen dotadas de majestuosa estabilidad. Pero sabemos que, observada a través de un período de duración lo suficientemente extenso, la corteza terrestre se va modificando sin cesar.

En ninguno de estos casos podemos hablar de la aparición absoluta de una nueva dimensión. "Toda masa es modificada por la velocidad. Todo cuerpo irradia. Todo movimiento lo suficientemente lento se cubre de inmovilidad. A una escala o para una intensidad diferentes, un cierto fenómeno se hace perceptible, apaga los otros matices, y da a todo el espectáculo su tonalidad particular".

Esto es, según Teilhard, lo que sucede con el "Interior de las Cosas". Su irrupción evidente en un solo punto del tiempo y del espacio no nos autoriza a considerar a la conciencia como un fenómeno fortuito, porque, aparte de las razones expuestas anteriormente, debido a la unidad fundamental del Universo, que deriva de su origen común en un solo tipo de partículas iniciales, un fenómeno que aparece en un solo punto y en un momento determinado, tiene necesariamente unas raíces y un valor que lo hacen solidario del pasado completo.

Luego, si hasta ahora frente a la afirmación "la conciencia no aparece con completa evidencia más que en el hombre", hemos reaccionado diciendo "entonces ella es un caso aislado, falto de interés para la Ciencia"; ahora tendríamos que aceptar que si "La conciencia aparece con evidencia en el hombre" ello significa que "entrevista en este único relámpago, tiene una extensión cósmica, y, como tal, se aureola de prolongaciones espaciales y temporales indefinidas".

Si en un punto del Universo, en el hombre, se hace patente una cara interna de la Materia, quiere decir "que ella es bifálica por estructura, es decir, en toda región del espacio y del tiempo... Coextensivo a su exterior hay un Interior de las Cosas".

En esta forma, aún tomada en sus niveles evolutivos más bajos, debemos suponer que la Materia original encierra bajo su capa predominantemente mecánica una capa "biológica" extremadamente sutil, pero que nos veremos obligados a admitir si queremos explicar el estado del Cosmos en las siguientes etapas. No existe, por lo tanto, según Teilhard, un comienzo absoluto para la Conciencia, entendida en su acepción más general, que designa cualquier grado de siquismo, de espontaneidad, de interioridad.

"En una perspectiva coherente del Mundo, la Vida supone inevitablemente, y hasta perderse de vista detrás de ella, a la Pre-vida".

3.— La "Ley de Complejidad-Conciencia".

¿Qué relaciones existen entre esta cara interior y la cara interior de la Materia? Si admitimos con Teilhard la existencia del Interior de las Cosas tendremos que buscar las leyes que rigen su desarrollo, la transición desde su situación escondida en los primeros niveles evolutivos, a su manifestación ulterior y, finalmente, a su preeminencia en algunas regiones de nuestra experiencia.

Este crecimiento cualitativo del interior de las cosas está íntimamente relacionado, en el nivel de la pre-vida, con la evolución de la cara exterior de la Materia. La cara interior crece en forma paralela a la complejidad de los compuestos materiales. En los primeros niveles evolutivos el interior y el exterior de las cosas se corresponden totalmente; presentan las mismas propiedades elementales de multiplicidad, unidad y energía. Si remontamos la evolución a contracorriente, más allá del punto de emergencia de la conciencia, ésta parece extinguirse paulatinamente en un espectro de matices variables, cuyos términos inferiores se pierde en la oscuridad. Si por el contrario, ascendemos siguiendo la dirección evolutiva, veremos que la conciencia más desarrollada corresponde siempre a las construcciones materiales mejor organizadas. La concentración de una conciencia... varía en razón inversa a la simplicidad del compuesto, material que ella dobla". Por lo tanto "perfección espiritual (o concentración consciente) y síntesis material (o complejidad) no son más que las dos partes o caras ligadas de un mismo fenómeno".

He aquí la ley cualitativa de desarrollo que explica la aparente ausencia primero, la aparición después, y la ulterior preeminencia del Interior en relación al exterior de las cosas. Es la "ley de Complejidad-Conciencia". En los primeros niveles evolutivos ella expresa el paso del Universo "de un estado A, caracterizado por un número muy grande de elementos materiales muy simples (es decir, con un interior muy pobre) a un estado B, definido por un número más pequeño de agrupaciones muy complejas (es decir, de interior más rico)". Así, la ley de Complejidad-Conciencia pone de manifiesto una estructura y una curvatura del mundo, síquicamente convergentes.

Cualitativamente, entonces, no hay dificultad para armonizar los aspectos mecánicos del universo con sus componentes "libres", vale decir, la cara exterior con la interior, ya que estas libertades, cuando predominan los determinismos, están aún en un estado de gran dispersión e imperfección.

Nos queda en cambio, por esclarecer, si es posible, desde el punto de vista científico, definir la Energía de este Universo de acuerdo con las leyes de la Física.

4.— La Energía Espiritual.

La Etica, al constatar la innegable realidad de un esfuerzo síquico, nos familiariza con la noción de energía espiritual. Sin embargo, su significación y su sentido son totalmente desconocidos para la Ciencia.

Esto pone de manifiesto crudamente la falta absoluta de una perspectiva racional, que tienda un puente entre Espíritu y Materia, concebidos hasta ahora ya sea bajo la forma de un dualismo de realidades opuestas y antinómicas, ya sea confundidas en un monismo de corte espiritualista o materialista. La concepción Aristotélico-Tomista que pareciera constituir una excepción a esta disyuntiva con su teoría del hilemorfismo, se desdice en la práctica al poner de manifiesto en la ascesis cristiana un dualismo que acusa un desprecio a la materia.

En nuestra acción concreta, nosotros sentimos claramente como se combinan las dos fuerzas. Parecería así, en primera instancia, que sería suficiente observarnos a nosotros mismos para descifrar las relaciones dinámicas entre ambas. Sin embargo, junto a la clara percepción de la dependencia de nuestra actividad espiritual con respecto a las potencias de la materia, tenemos también una nítida percepción de su relativa independencia.

La dependencia se pone de manifiesto ya que "Para pensar es necesario comer. En esta fórmula brutal se expresa toda una economía que, según sea el ángulo en que uno se coloque, constituye la tiranía, o bien por el contrario, la potencia espiritual de la materia. La especulación más elevada, el amor más radiante se apoyan y dependen, bien lo sabemos, en una reserva de energía física. Tan pronto es el pan lo que es necesario, o bien el vino; tal vez la infusión de un elemento químico o de una hormona, quizás la excitación de un color, o la magia de un sonido, que penetrando nuestros oídos como una vibración, emergerá en nuestro cerebro bajo la forma de una inspiración..."

En esta forma, tenemos la certeza de que la energía material y la espiritual se sustentan y prolongan. De que, de alguna manera, en el fondo, es una única energía la que actúa en el mundo. Pero, al mismo tiempo, constatamos su mutua independencia, "Para pensar es necesario comer... ¡Pero qué pensamientos más diversos, sin embargo, para el mismo pedazo de pan! Como las letras de un alfabeto, de las cuales puede surgir tanto la incoherencia como el más bello poema jamás conocido, las mismas calorías parecen tan indiferentes como necesarias a los valores espirituales que alimentan..."

Por otra parte, una fracción mínima de energía física basta para los desarrollos espirituales más elevados, a la vez que esta misma fracción se traduce espiritualmente en los resultados más variados.

Vemos entonces, que ambas energías están constantemente asociadas y que de alguna manera se transforman la una en la otra, pero parece imposible hacer corresponder simplemente sus curvas. No podemos pues, suponer una transformación directa de la una en la otra, ni esperar encontrar un "equivalente mecánico" de la voluntad o del pensamiento. Ante esto, Teilhard nos propone un simbolismo complejo que incluye elementos de orden diferente, la hipótesis de las dos energías, radial y tangencial.

5.— Los dos componentes de la energía.

Esencialmente, toda energía sería de naturaleza síquica, pero, en cada elemento particular se dividiría en dos componentes diferentes. La "energía tangencial que hace al elemento solidario con todos los elementos del mismo orden (es decir, de la misma complejidad y de la misma 'centración') que él en el Universo; y una energía radial, que lo arrastra en dirección a un estado cada vez más complejo y centrado, hacia delante".

En los primeros estadios evolutivos, donde los elementos están aún muy flojamente centrados, la energía radial es débil. Su acrecentamiento se produce en función de una ordenación debida a lo tangencial, ordenación que se manifiesta en poderosos efectos mecánicos. Suponiendo que las partículas iniciales, dada su dispersión, disponen de una cierta energía tangencial libre, están en situación de aumentar su complejidad asociándose a partículas vecinas. Como consecuencia, su concentración crece automáticamente, y, por lo tanto, su energía radial se acrecienta. Esta, a su vez, reaccúa sobre lo tangencial desencadenando nuevas ordenaciones.

Nos encontramos así con un sistema donde, en aparente contradicción con las leyes de la termodinámica, hay un constante aumento de ambos componentes de la energía. El aumento del componente radial carece de importancia para la Física, por cuanto este componente no sería mensurable. Además, como la variación de la energía radial se produce en función de la energía tangencial, sobre la base de un ordenamiento, podemos suponer que un valor tangencial ínfimo es suficiente para sostener una ordenación extremadamente perfeccionada.

Más difícil es el problema con respecto al aumento de la energía tangencial. Esta sufre un acrecentamiento puesto que la tensión entre los elementos aumentaría en proporción a su concentración. Pero este acrecentamiento tangencial, el único que real-

mente plantea un problema con respecto al principio de conservación de la energía, no se hace sensible sino en los niveles evolutivos donde lo radial alcanza valores muy elevados, en el nivel humano, por ejemplo, donde se manifiesta en las tensiones sociales.

Por otra parte, como el proceso de centración creciente del universo está sustentado en todos sus niveles por la organización de la materia, su culminación queda condicionada en todo momento por un cierto quantum de energía tangencial libre, que va desgastándose paulatinamente de acuerdo a la Entropía.

Lo tangencial parece ser, en los primeros niveles, el factor desencadenante del desarrollo. Sin embargo, cuando llegamos al nivel de las partículas fuertemente centradas, donde la energía radial es, por lo tanto, muy alta, lo tangencial se "interioriza" y parece perder su preeminencia. Así, a nivel de las "partículas humanas", cencanas al umbral de planetización, el acceso al nuevo estadio se produce sólo a favor de una energía que se transmite de "centro a "centro", de conciencia a conciencia. Cada centro es atraído por un impulso que, en profundidad, se dirige hacia un último Centro, hacia delante. Este Centro último, Centro de centros, Polo de Convergencia, es la verdadera fuente de lo radial, que ya a nivel humano se muestra con su verdadero rostro de "Amor-Energía". Lo tangencial sigue actuando a través de los determinismos exteriores, en las presiones demográficas, económicas y culturales que, en cierta forma, empujan a la humanidad hacia la unificación. Pero estas presiones exteriores por sí mismas no son conducentes a la mayor centración, ni a su correlato de mayor conciencia (personalización a nivel humano), sino a la socialización mecánica, del tipo del hormiguero o la colmena.

En un universo en génesis, donde algo nuevo se gesta lentamente en las largas etapas evolutivas para irrumpir en un brusco estallido en el nuevo nivel, la explicación última se encuentra siempre en los escalones superiores, hacia lo alto del proceso y no en su base. Es por eso que para entrever el verdadero motor del desarrollo hemos tenido que abandonar los niveles de la materia elemental, aún disgregada y dispersa, para dirigir la mirada hacia la materia altamente centrada en el nivel de lo humano.

La energía radial es la que realmente hace evolucionar el mundo en la dirección de la mayor centración, de la perfección espiritual, mientras la energía tangencial relaciona los elementos a través de determinismos exteriores, sosteniendo, podríamos decir, lo radial mediante la multiplicación y la consolidación de los nexos entre los elementos.

II.—ANÁLISIS DE LA CONCEPCIÓN TEILHERDIANA DE LA MATERIA.

Podemos ver que lo que emerge en este gran proceso de cosmogénesis es el Espíritu. A través de un proceso de centración que constituye la cara profunda del acrecentamiento de la complejidad de la materia, la trama del universo asciende de lo múltiple a lo Uno.

La "ley de Complejidad-Conciencia", por ser una ley experimental de recurrencia, expresaría el orden sucesivo de la aparición de los fenómenos en el tiempo. Constituiría así, un eje de progresión que podemos recorrer en sentido ascendente o descendente, mediante la síntesis o el análisis. Si recorremos este eje remontando el tiempo evolutivo mediante el análisis, iremos sumergiéndonos en un abismo de dispersión creciente. Si lo recorremos en cambio en su dirección ascendente, mediante la síntesis, descubrimos el proceso de transformación creadora a través del cual se constituye lo real. Movimiento que es síntesis, evolución que es creación a través de la unión.

En esta forma, en la concepción Teilhardiana, más que de materia y espíritu, tendríamos que hablar de materialización y espiritualización, dos perspectivas opuestas desde las cuales podemos considerar lo real en todos sus niveles. Materia y espíritu aparecen como las dos caras de una misma trama cósmica; las dos direcciones de un mismo proceso, según se lo considere en la dirección en que se constituye la trama del universo, a través de la unión, o en el que se deshace en la dispersión.

Estas direcciones de materialización y espiritualización tienen respectivamente hacia dos puntos límites. Por lo bajo, en el abismo del pasado, aquel donde el ser se anula al dispersarse, la nada física de lo múltiple puro. Hacia lo alto y hacia delante, el Centro Unico de Convergencia, el punto Omega.

Lo múltiple es la disociación "nadificante". Ningún impulso unificador podría surgir de lo múltiple como tal. Es pues, la energía radial, a la que fuimos conducidos por el análisis del "interior de las Cosas", el principio espiritual trascendente que hace posible la Transformación Creadora a través de la Unión.

La verdadera naturaleza de esta energía espiritual, al nivel de la materia de débil centración, permanece todavía disfrazada bajo la capa de los determinismos aún predominantes. Es sólo al nivel de lo humano donde ésta irrumpirá como "Amor-Energía", como atracción de centro a centro emanada desde Omega. Sólo entonces el proceso evolutivo descubre su verdadero rostro. Sólo entonces se nos muestra como la forma que toma para nosotros, en el Espacio y en el Tiempo, el Acto Creador.

La materia por lo tanto, lo múltiple, no es lo que une, sino lo que da lugar a la unión, lo que la sustenta. Así, la materia

mente plantea un problema con respecto al principio de conservación de la energía, no se hace sensible sino en los niveles evolutivos donde lo radial alcanza valores muy elevados, en el nivel humano, por ejemplo, donde se manifiesta en las tensiones sociales.

Por otra parte, como el proceso de centración creciente del universo está sustentado en todos sus niveles por la organización de la materia, su culminación queda condicionada en todo momento por un cierto quantum de energía tangencial libre, que va desgastándose paulatinamente de acuerdo a la Entropía.

Lo tangencial parece ser, en los primeros niveles, el factor desencadenante del desarrollo. Sin embargo, cuando llegamos al nivel de las partículas fuertemente centradas, donde la energía radial es, por lo tanto, muy alta, lo tangencial se "interioriza" y parece perder su preeminencia. Así, a nivel de las "partículas humanas", cencanas al umbral de planetización, el acceso al nuevo estadio se produce sólo a favor de una energía que se transmite de "centro a "centro", de conciencia a conciencia. Cada centro es atraído por un impulso que, en profundidad, se dirige hacia un último Centro, hacia delante. Este Centro último, Centro de centros, Polo de Convergencia, es la verdadera fuente de lo radial, que ya a nivel humano se muestra con su verdadero rostro de "Amor-Energía". Lo tangencial sigue actuando a través de los determinismos exteriores, en las presiones demográficas, económicas y culturales que, en cierta forma, empujan a la humanidad hacia la unificación. Pero estas presiones exteriores por sí mismas no son conducentes a la mayor centración, ni a su correlato de mayor conciencia (personalización a nivel humano), sino a la socialización mecánica, del tipo del hormiguero o la colmena.

En un universo en génesis, donde algo nuevo se gesta lentamente en las largas etapas evolutivas para irrumpir en un brusco estallido en el nuevo nivel, la explicación última se encuentra siempre en los escalones superiores, hacia lo alto del proceso y no en su base. Es por eso que para entrever el verdadero motor del desarrollo hemos tenido que abandonar los niveles de la materia elemental, aún disgregada y dispersa, para dirigir la mirada hacia la materia altamente centrada en el nivel de lo humano.

La energía radial es la que realmente hace evolucionar el mundo en la dirección de la mayor centración, de la perfección espiritual, mientras la energía tangencial relaciona los elementos a través de determinismos exteriores, sosteniendo, podríamos decir, lo radial mediante la multiplicación y la consolidación de los nexos entre los elementos.

II.— ANALISIS DE LA CONCEPCION TEILHERDIANA DE LA MATERIA.

Podemos ver que lo que emerge en este gran proceso de cosmogénesis es el Espíritu. A través de un proceso de centración que constituye la cara profunda del acrecentamiento de la complejidad de la materia, la trama del universo asciende de lo múltiple a lo Uno.

La "ley de Complejidad-Conciencia", por ser una ley experimental de recurrencia, expresaría el orden sucesivo de la aparición de los fenómenos en el tiempo. Constituiría así, un eje de progresión que podemos recorrer en sentido ascendente o descendente, mediante la síntesis o el análisis. Si recorremos este eje remontando el tiempo evolutivo mediante el análisis, iremos sumergiéndonos en un abismo de dispersión creciente. Si lo recorremos en cambio en su dirección ascendente, mediante la síntesis, descubrimos el proceso de transformación creadora a través del cual se constituye lo real. Movimiento que es síntesis, evolución que es creación a través de la unión.

En esta forma, en la concepción Teilhardiana, más que de materia y espíritu, tendríamos que hablar de materialización y espiritualización, dos perspectivas opuestas desde las cuales podemos considerar lo real en todos sus niveles. Materia y espíritu aparecen como las dos caras de una misma trama cósmica; las dos direcciones de un mismo proceso, según se lo considere en la dirección en que se constituye la trama del universo, a través de la unión, o en el que se deshace en la dispersión.

Estas direcciones de materialización y espiritualización tienden respectivamente hacia dos puntos límites. Por lo bajo, en el abismo del pasado, aquel donde el ser se anula al dispersarse, la nada física de lo múltiple puro. Hacia lo alto y hacia delante, el Centro Unico de Convergencia, el punto Omega.

Lo múltiple es la disociación "nadificante". Ningún impulso unificador podría surgir de lo múltiple como tal. Es pues, la energía radial, a la que fuimos conducidos por el análisis del "interior de las Cosas", el principio espiritual trascendente que hace posible la Transformación Creadora a través de la Unión.

La verdadera naturaleza de esta energía espiritual, al nivel de la materia de débil centración, permanece todavía disfrazada bajo la capa de los determinismos aún predominantes. Es sólo al nivel de lo humano donde ésta irrumpirá como "Amor-Energía", como atracción de centro a centro emanada desde Omega. Sólo entonces el proceso evolutivo descubre su verdadero rostro. Sólo entonces se nos muestra como la forma que toma para nosotros, en el Espacio y en el Tiempo, el Acto Creador.

La materia por lo tanto, lo múltiple, no es lo que une, sino lo que da lugar a la unión, lo que la sustenta. Así, la materia

encierra en sí un aspecto negativo, en tanto que, como lo múltiple, se opone a lo Uno y tiende a la dispersión. Pero contiene también un aspecto positivo, como aquello que sustenta la unión entre los seres que entran a formar un nuevo todo, más complejo.

Mencionábamos antes que en todos los niveles evolutivos, según la dirección en que se los observe, la materialización y la espiritualización aparecen. En todos los grados del Ser actúa entonces la relación entre lo múltiple y lo Uno, y, por lo tanto, la materia se encuentra en todas las etapas de la "complejificación" y de la unión. Incluso allí donde parecería reinar el espíritu, en las almas individuales. Es así como cada centro que representa la unidad (el "más ser", la mayor perfección espiritual) con respecto al nivel inferior, es a la vez lo múltiple, la materia de la unión con respecto al nivel inmediatamente superior. El alma individual, fuertemente centrada es, sin embargo, materia para una unidad más alta. "Una primera multiplicidad seguida de una primera unificación; ésta, haciendo emerger a la mayor conciencia a una segunda multiplicidad, destinada ella también a una segunda unificación; en todas las etapas sucesivas de la conciencia una multiplicidad nueva se constituye para permitir una síntesis más elevada; así puede expresarse la ley de recurrencia que hemos descrito".

Podemos así llegar a la conclusión de que para Teilhard, en el mundo, no hay propiamente materia y espíritu, sino materia que llega a ser espíritu. "La trama del Universo es el Espíritu-Materia", y si bien en todos los niveles del Ser la materia renace, el espíritu prevalece más y más a medida que ascendemos en la dirección del tiempo.

Sin embargo, el resultado de la Cosmogénesis que es, según veíamos, Noogénesis, génesis del espíritu, no está determinado de antemano. Puesto que en el universo se dan la contingencia, y, a nivel de lo humano, la libertad, que hace que la materialización sea una posibilidad y una realidad en todos los niveles de la evolución. El proceso corre así, en todo momento, el riesgo de no llegar a buen término, aún cuando cada avance representa una consolidación en el ascenso hacia el espíritu.

La materia es pues, a la vez, tendencia a la disociación y fundamento de la unión. Materia... "Tú que deshaces y tú que construyes, tú que encadenas y tú que liberas" (Himno a la Materia). Realidad móvil, noción ambigua si tratamos de enmarcarla en los límites de un universo estático. Realidad y concepto que adquieren el dinamismo del "Espíritu-Materia" en el ámbito de una cosmogénesis convergente; Espíritu que emerge sostenido por la formación de compuestos materiales cada vez más centrados, enraizado en la materia y arrastrado hacia lo alto por

la energía espiritual irradiada desde Omega, centro de convergencia y principio ontológico de la realidad total, del "Espíritu-Materia".

III.— ALCANCE FILOSOFICO DE LA CONCEPCION TEILHARDIANA.

Para poner de manifiesto el posible alcance filosófico de la concepción Teilhardiana, será necesario que analicemos la posición gnoseológica y la concepción del tiempo involucradas en ella, ambas íntimamente relacionadas entre sí.

1.— Posición gnoseológica.

Veámos al hacer el análisis de la concepción Teilhardiana de la materia, que materialización y espiritualización aparecían como dos perspectivas opuestas desde las cuales podemos considerar lo real en todos sus niveles. Si ascendíamos en la dirección del tiempo evolutivo, mediante la síntesis, descubríamos el proceso de transformación creadora mediante el cual se constituye lo real. Este proceso de transformación creadora, puesto que se apoya en una centración creciente, es un proceso de convergencia, de síntesis. Esta última pertenece, pues, al orden del Ser y al orden del conocer; hay por lo tanto una concordancia entre ambos. La síntesis es el instrumento del conocimiento que construye la verdad, porque se pliega al movimiento de convergencia que construye lo real.

No hay abismo sino concordancia entre el orden del Ser y el orden del conocer, porque el hombre emerge del proceso evolutivo, y la realidad que se construye por convergencia hacia un foco de centración última determina un pensamiento que construye la verdad a través de síntesis sucesivas. De allí que a Teilhard la "dualidad del orden cognoscitivo y del real" le haya "parecido siempre abstracta y falsa" y afirme que "La verdad del Hombre es la verdad del Universo para el Hombre, es decir, la Verdad simplemente. (Esbozo de un Universo Personal).

Sobre la base de esta posición gnoseológica se le reprocha muy a menudo a Teilhard el haber ignorado los aportes Kantianos a la Teoría del Conocimiento, de confundir el fenómeno con el neumenos, de abandonar subrepticamente el terreno de la Fenomenología para invadir, ilegítimamente, el de la Metafísica.

Será entonces necesario, que analicemos lo que entiende Teilhard por "fenómeno", apoyándonos para ello en su concepto del tiempo y refiriéndolo a la respectiva concepción Kantiana.

2.— El concepto de tiempo.

Como hemos visto al analizar la concepción de la materia Teilhardiana, el tiempo constituye a lo real en una génesis, génesis que es cosmogénesis, cosmogénesis que es noogénesis.

El tiempo no es, por lo tanto, para él, una especie de vasto receptáculo donde las cosas floten yuxtapuestas, donde los seres puedan ser desplazados arbitrariamente intercambiados temporalmente.

No es algo exterior a las cosas. Es un tiempo cósmico, constructivo, que actúa sobre el espacio y se lo incorpora, formando ambos un solo transcurrir consistente, dentro del cual el espacio representa la sección instantánea de un flujo cuya profundidad y flexibilidad son dadas por el tiempo. Así, aunque el tiempo es lo primordial y el espacio representa las otras dimensiones, ambos forman un todo solidario, un continuum cuya curvatura particular consiste en hacer que lo que en él se mueve se organice más y más.

Fenómeno es lo que se desarrolla en el tiempo y en el espacio. El tiempo constituye, construye los fenómenos, pero éstos no son "puestos" por nosotros; el tiempo no es una de las "condiciones trascendentales" de la objetividad, no es una de las condiciones que el sujeto tiene que poner para que haya experiencia, para que haya "objeto de conocimiento". El tiempo es un tiempo cósmico, objetivo y, por lo tanto, lejos de ser los fenómenos "puestos" por nosotros, nosotros somos el producto de los fenómenos, por cuanto emergemos del fenómeno por excelencia, del fenómeno evolutivo.

Así, el conocimiento humano no puede representarse ningún fenómeno sino es sobre un fondo indefinido de antecedentes, es decir, sobre la base del tiempo. Pero esto no significa que el tiempo sea infinito, coextensivo a la totalidad del Ser. Significa solamente que las dimensiones de nuestro universo imponen determinadas condiciones. No es que éstas provengan de la estructura del conocimiento y no de lo conocido, pues ambas son inseparables para Teilhard. Los fenómenos son un aparecer que sin recubrir algún Ser misterioso, está limitado por la finitud de nuestra aprehensión. Es posible que el tiempo y el espacio sean aspectos de esta limitación y que al nivel de la totalidad surja una dimensión inconmensurable, inconcebible actualmente, como no sea por referencia.

El tiempo así, aunque no es infinito necesariamente, aunque no es necesariamente coextensivo a toda realidad, tiene una dimensión objetiva que lo hace constitutivo de los fenómenos en un sentido muy diverso del Kantiano. Lo evolutivo es, por lo tanto, un auténtico aspecto del Ser, aunque no sea necesariamente todo el Ser. La evolución expresa el Ser, puesto que si la totalidad de los fenómenos entra en su dimensión es porque ella cala muy profundo en la realidad. Es fenomenológica y ontológica a la vez. Es el fenómeno de los fenómenos, la propiedad funda-

mental de lo real, la dimensión por excelencia de todo lo que se produce en el "espacio-tiempo", incluido nuestro pensamiento.

* * *

En esta forma, la Fenomenología Teilhardiana, que es descripción de un fenómeno en el cual el tiempo ha impreso un carácter filiforme, que hace que sus raíces se hundan en el pasado y sus ramificaciones se extiendan hacia el futuro hasta perderse de vista; esta Fenomenología que tiende, por tanto, a la totalidad, se constituye, si bien no directamente en Metafísica, sí en la base para un posible acercamiento a la realidad total.

¿Hay aquí una ignorancia de los aportes Kantianos, una confusión entre fenómeno y noumenos, un realismo ingenuo que confunde sujeto y objeto, atribuyendo a este último caracteres del primero?

Lo que se encuentra en la base de la afirmación Teilhardiana acerca de la concordancia entre el orden del Ser y el orden del conocer, del carácter esencialmente coherente, pensable del universo, es su tesis sobre la situación del hombre en él. El hombre es, a la vez, "centro de perspectiva" y "centro de construcción" del universo. Centro de perspectiva, porque "el Hombre se reencontra y se observa a sí mismo en todo lo que ve". Hasta tal punto, que en nuestros análisis no podemos distinguir con claridad "si la estructura lograda es la esencia de la Materia estudiada, o bien el reflejo de "nuestro" propio pensamiento".

Pero, por otra parte, "es propio del Hombre ocupar una posición tal en la Naturaleza" que hace que "esta convergencia de líneas no sea solamente visual, sino estructural". En el hombre coinciden así, su apreciación subjetiva de ser centro de perspectiva con su situación objetiva como centro de construcción del universo. "Entonces, coincidiendo el punto de vista subjetivo con una distribución objetiva de las cosas, la percepción se establece en su plenitud. El paisaje se descifra y se ilumina".

El hombre, al verse emergiendo del fenómeno evolutivo, se descubre a sí mismo cogido en las redes del objeto. De ese objeto que, en primera instancia en la historia de la Ciencia, creyera poder observar desde fuera, como si la conciencia cognoscente pudiera penetrarlo sin sufrir su influencia y sin modificarlo. De ese objeto que luego creyó no poder alcanzar en sí mismo, porque se le aparecía como conformado por su propio pensamiento; de ese objeto que ahora se le manifiesta como generador de sí mismo en cuanto "Fenómeno Humano"; como síntesis de sujeto y objeto en una Cosmogénesis que es "pensable", que es objeto de conocimiento para el sujeto que de ella emerge. La comprensión del cosmos ha de buscarse en el "yo", puesto que

es allí donde nos es directamente aprehensible, por intuición, el "interior de las cosas" que estalla en el hombre en conciencia reflexiva. Pero al mismo tiempo, el hombre podrá conocerse a sí mismo plenamente, sólo en el cosmos. "El Hombre no puede verse a sí mismo completamente fuera de la Humanidad; ni la Humanidad fuera de la Vida; ni la Vida fuera del Universo".

Subjetividad y objetividad que se abrazan y fundamentan mutuamente, sin pasividad de parte del sujeto, porque éste ha de volver permanentemente de la visión totalizante hacia sí mismo, para remontarse nuevamente desde sí mismo al todo, en un proceso constante de síntesis totalizante, pero necesariamente provisorio. Porque un mundo evolutivo, un mundo inacabado, no puede dar lugar a una síntesis exhaustiva.

Ahora bien, una síntesis provisorio no es otra cosa que una hipótesis, algo que se adopta y se verifica. Para verificarla se la lleva hasta sus últimas consecuencias, y, una vez hecho esto, es el éxito del conjunto el que decidirá. Si el sistema explicativo no se basta a sí mismo, o si en algún punto contradice a la experiencia, querrá decir que la hipótesis inicial era incorrecta y deberá ser abandonada. Si, por el contrario, nos permite una comprensión del universo más completa y armónica, querrá decir que nos hemos aproximado a la verdad; y, dada la identidad entre la "Verdad del Hombre" y la "verdad del Universo para el Hombre", entre lo cognoscitivo y lo ontológico, Verdad (orden del conocimiento) y Ser (orden ontológico) se corresponden.

La coherencia es obtenida, por cierto, a partir del sujeto que piensa, pero ella se aproxima, al mismo tiempo, a la verdad y a la realidad. Construyendo la verdad se alcanza la realidad, y, al hacerlo, se adhiere estrechamente al Ser.

La hipótesis, sin embargo, no se confunde con el Ser que ella roza, puesto que éste es siempre alcanzado en forma incompleta. Ella será, en su momento, reemplazada por otra hipótesis, provisorio también, pero que, no obstante, representará un progreso sobre la anterior.

Así, la síntesis Teilhardiana, si bien se dirige al Todo, porque el continuum de "espacio-tiempo" constituye una trama única, que nos impide separar un trozo de la realidad y conocerlo sin referencia a la totalidad, no constituye una solución deductiva del mundo a la manera de Hegel; porque el todo es una realidad en génesis, y, por lo tanto, la síntesis, que no puede abarcarlo en un sistema cerrado, no hace más que entregarnos los ejes de progresión que permiten la inteligibilidad del proceso, al ponernos de manifiesto el sentido de los fenómenos.

Efectivamente, no se puede hoy hacer filosofía ignorando los aportes Kantianos. Pero ¿los ignora Teilhard? El piensa más bien haberlo superado al nivel de una fenomenología total de la sín-

tesis sujeto-objeto, de una fenomenología del hombre en el cosmos.

Para apreciar entonces, el posible alcance filosófico de la concepción Teilhardiana, no podemos enjuiciarla desde los conceptos Kantianos. Deberíamos, en cambio, preguntarnos si es o no posible, en filosofía, ir más allá de Kant y de sus continuadores en la Fenomenología Husserliana, sin caer en una interioridad existencial, que se desinteresa de la ciencia y del conocimiento, característica, por lo demás, de nuestra época.

Teilhard cree ofrecernos un camino para esta superación y lo plantea como un desafío: "No veo más que una manera de saber hasta donde se puede llegar: la de ponerse en camino y marchar". (La Energía Espiritual).